

XII.

La palabra fría, sarcástica y pérfidamente obstinada de Márcos, no tardó, sin embargo, en vencer la última resistencia de su corazón. Durante muchos días continuó á su lado destilando veneno en su alma; por la tarde le llevaba á pasear por las sendas de los montes, alrededor del pueblo, y allí le hilvanaba flemáticamente, una tras otra, largas relaciones de violencias y crueldades, desesperaciones, y casos de locura y de suicidios, exponiendo con voz compasiva mil particularidades irritantes, hasta arrancar de los labios de su víctima un grito de indignación y de rabia, añadiendo entonces con tono de consuelo:—que estos eran casos raros.—De esta manera iba Carlos afirmándose cada vez más en la resolución de sustraerse á toda costa de la quinta. Pero cuando su pensamiento se fijaba en la idea de la deserción, las dificultades, los peligros y la incertidumbre de su porvenir le asustaban. Una noche no pudo contenerse sin decírselo á su amigo, con el cual hasta entonces se había mostrado firme y

tranquilo respecto á su propósito de desertar. Paseaban por la falda de un monte; el sol se había ocultado; ninguno de los dos hablaba. Carlos miraba abajo; allá en lo hondo del valle, su pueblecito, donde empezaba á brillar alguna luz, y del cual llegaba hasta su oído confusa gritería de muchachos. La idea de que, á los pocos días debía decir adios, quizá para siempre, á aquel valle á aquellas casas, á Camila, á todos los recuerdos de su familia y de su infancia, le oprimió el corazón de repente con gran violencia; se detuvo, lanzó un profundo suspiro, y pasándose una mano por la frente, que le ardía:—Y sin embargo—exclamó con voz conmovida—marchar, abandonando todo y á todos... ir... quién sabe dónde ni por cuánto tiempo... solo por el mundo... perseguido... ¡ah, es demasiado duro! ¡Siento que es inmensamente duro!

Márcos le miró sin responder.

Se pusieron de nuevo en camino.

A los pocos pasos su amigo murmuró con manifiesto aire de descuido, como si se tratase de una cosa indiferente:

—No habría necesidad, de seguro, de correr el mundo.

—¿De qué manera?—preguntó Carlos deteniéndose sorprendido.

Márcos le miró con fijeza, preguntándole á su vez:

—¿Eres un hombre?

Cárlos hizo un gesto.

—Pues bien—dijo Márcos—y acercándole la boca al oído, pronunció algunas palabras en voz baja.

—¡Jamás, mientras yo viva!—gritó Cárlos echándose hácia atrás bruscamente, y en ademán de rechazar vigorosamente una proposición.

—Nunca—respondió tímidamente el amigo— es una palabra que se dice muy pronto; la cosa merece alguna reflexion; no se trata de la vida. He creído darte un consejo amistoso; me parece que sería un medio de arreglarlo todo. Piénsalo; por lo demás, por mi parte me lavo las manos. Al fin y al cabo, tú eres únicamente á quien interesa este asunto.

Continuaron bajando hácia el pueblo en silencio; Márcos, tranquilo; Cárlos, en cambio, profundamente agitado.

—¿Podré contar contigo?—preguntó éste con voz que no parecía la suya, en el momento de separarse.

—Todo lo que un buen amigo y un hombre de honor puede hacer—respondió Márcos llevándose una mano al pecho—te prometo que lo haré.

Cárlos le miró con fijeza durante un momento, le apretó la mano y se fué.

XIII.

Pasaron cinco días, que fueron para Camila una angustia continua. Cárlos consumía con su amigo la mayor parte del día; con ella hablaba rara vez y poco; pero cuando la encontraba, alargaba siempre la mano y le hacía una caricia, cosa inusitada. Ella, sin embargo, no se hacía ilusiones. En aquellas muestras de afecto creía encontrar la necesidad que él sentía de animarla y darle fuerzas para resistir la prueba; ya no veía en su semblante la preocupacion de los días pasados, y sí descubría la triste firmeza de una resolución definitiva.

Pasaba muchas horas solo, sentado á la sombra de un árbol pensando con la cabeza apoyada en una mano; hablaba y gesticulaba solo; alguna vez contraía su cara como si se le apareciese de improviso una imagen horrible. Camila, temblorosa, seguía con la vista todos sus movimientos y todos sus gestos; apenas salía él de casa, corría á

su habitacion á ver si había alguna variacion; á veces le detenía en la puerta; otras le seguía, le buscaba, le llamaba.—¿Qué piensas?—le preguntaba diez veces al dia, á lo cual respondía siempre:—¡Nada!

Llegó la víspera del dia del reconocimiento: al siguiente, Carlos debía ir á la capital, á presentarse á la comision de quintas para ser reconocido por los médicos. Por la mañana, apenas se levantó, se halló algo más inquieto y algo más pálido que de costumbre. Salió, poco despues volvió; anduvo en su cuarto y salió de nuevo.

Camila corrió presurosa á ver lo que había hecho (estaba cerrada la puerta) pensando si quizá habría preparado su ropa para marchar.

No había duda; quería desertar aquella noche. Unas horas despues volvió á verle inmóvil en medio del campo con los brazos cruzados sobre el pecho; poco despues alcanzó á verle de nuevo en la calle con su amigo; volvió á casa al anochecer. Camila le detuvo al lado de la puerta, le aferró por las manos y le dijo en voz baja, pero resuelta y con acento que revelaba todo el sufrimiento de su alma:—¡Carlos, no puedo vivir así! ¡Dime que cumplirás con tu deber! ¡No me arrastres á la desesperacion! ¡Te lo exijo, habla, dime lo que piensas!

—¡Nada!

—¡No es cierto! ¡tú quieres huir!

—¡No!

—¡Sí, lo adivino, lo sé, quieres huir esta noche! ¡No tienes piedad!... ¡No quieras matarme!

—¡Silencio!—murmuró Carlos, mirando alrededor.

—¡No puedo callar, siento necesidad de hablar; si he de morir, no quiero morir callando! ¡Carlos!—exclamó poniéndose de rodillas,—no me levantaré si antes no juras que no me abandonarás, que irás á la capital, que irás al servicio; te lo pido en nombre de nuestro cariño, en nombre de tu madre, de Dios.

—Lo juro—dijo Carlos indicándole que bajase la voz.

—¡Lo juras?—gritó Camila poniéndose en pié, y colocándole las manos sobre los hombros,—¡júralo de nuevo!

—¡Lo juro!

—¡Júralo por tu madre!

—Lo juro por mi madre, por mi padre, por quien quieras, cien mil veces; ¿qué más quieres que te diga?

Camila le miró fijamente; dejó caer los brazos murmurando con acento de profunda consternacion:

—No te creo; veo en tus ojos algo que no me deja creer. ¡Vete!—dijo con ímpetu, rompiendo á llorar. Y luego:

—Eres un hombre sin corazon; ¡vete, vete, dé-

jame morir!... ¡Ah! no, no, Carlos, espera, detente por piedad,—y le detuvo echándole los brazos al cuello;—¡perdóname! ¡No puedo vivir más así! ¡Ten compasion de tu Camila!

—Por cuanto hay de más sagrado en el mundo, Camila,—exclamó Carlos separándose—¡te juro que no huiré!

Camila, sin reparar en estas últimas palabras, sobrecogida por una idea repentina, arregló sus cabellos, se enjugó los ojos y corrió á casa del cura. Entró, se echó á sus piés, le contó todo, concluyendo por decir:—Estoy en vuestras manos; sálveme de la desesperacion y á él de su ruina.

El cura pensó largo rato antes de responder; luego preguntó si Carlos había ido á casa: Camila dijo que sí.—Entonces, vete y cuidad de no dejarle salir en una hora; en lo demás, pienso yo.

Camila se fué á la carrera. Cogió entonces el cura su sombrero, y se dirigió á casa del sargento de la Guardia Civil que era un franco y viejo soldado, suplicándole encarecidamente hiciera vigilar la casa de Carlos durante la noche, explicándole por qué. El sargento, con voz ronca, (que no usaba mas que en los actos del servicio) llamó á dos guardias, dió la orden á regañadientes, añadiendo para sí:

—Bien me decía el corazon que un día ú otro tendría que habérmelas con este mozo.

XIV.

Eran las nueve de la noche. Toda la familia de Carlos y de Camila se hallaba alrededor de la mesa en una pequeña habitacion de la planta baja.

Camila estaba sentada en un rincon, donde apenas llegaba la luz de la lámpara que servía para todos.

Carlos se encontraba en su cuarto, que era una pequeña habitacion en bajo, de la casa de los dueños, que se hallaba frente á la de los labradores donde estaba Camila.

Entre una y otra se hallaba la era.

La pobrecilla, aunque el cura no le había dicho qué pensaba hacer para disuadir al jóven, confiaba sin embargo.

De cuando en cuando se asomaba á la ventana; la niebla era espesísima; ni las estrellas ni el campo se veían; solo la ventanilla iluminada del cuarto de Carlos rompía la oscuridad. Camila la miraba fijamente sin mover los párpados; ora

la veía ensancharse como la boca de inmenso horno, ora reducirse, hasta el extremo de parecerle un mero punto luminoso que se iba poco á poco alejando. Todo estaba tranquilo; en el aire, por los campos, por todas partes, solo alguna voz extraña y lejana se percibía, alternando con el sonido de la esquila de algun perezoso animal.

De repente le pareció oír pasos en la era; miró atentamente y vió en efecto á alguien que se movía. Cruzó por su imaginacion la sospecha de que fuese Cárlos; dió un paso como para precipitarse fuera, y advirtió entonces que se dirigía hácia la casa, diciendo para sí:—¡Es el cura!—y respiró.—Al cabo de poco tiempo vió dos negras sombras destacarse sobre la pared del cuarto de Cárlos:—¡El es!

No: era Márcos.

Camila se volvió á sentar en su rincon, diciendo á sus padres:—El cura ha ido á hablar con Cárlos.

Los padres, que habían leído en el semblante de Cárlos la idea de algun propósito endiablado, aun cuando no les importase grandemente, respondieron:—Está bien; siempre que consiga volverle el juicio.

Poco rato despues, levantándose todos, se despidieron de Camila, diciéndole:—Si viene el cura hazle entrar, y dile que nos hemos ido á acostar, que estábamos rendidos, y que tenga compasion

de nosotros, dándole á la vez las buenas noches de nuestra parte. Tú, chiquitin, quédate á hacerle compañía.

El hermano de Cárlos se detuvo.

Un minuto despues llamaron á la puerta. Abrió Camila y se presentó el cura. Ella se le quedó mirando queriendo leer en su cara el éxito de su empresa. Y él, que al pasar había visto á los dos guardias haciendo centinela, sonreía de su propia obra. Camila, traduciendo aquella sonrisa, pensó:—¡Somos felices!—y cogiéndole una mano, se la besó en un trasporte de alegría y de gratitud.

El cura tomó asiento entre la muchacha y el rapáz, frente á la luz, y comenzó á pensar cómo les tendría algo alegres. De cuando en cuando Camila le interrumpía para escuchar si se oía algun ruido.

El cura hablaba de Cárlos.

—Es una vida cruel—decía—la vida del soldado, ¿quién no lo sabe? Pero es preciso tomarla como una prueba que Dios quiere hacer con nosotros para ver si somos bastante fuertes para la virtud y para el bien, resistiendo las tentaciones y superando los peligros. Es poco meritorio ser buenos y virtuosos en un pueblecillo donde se trabaja desde por la mañana á la noche, y se está constantemente rodeado por personas que nos quieren y nos dan ejemplo de buenas costumbres

y de devoción; el mal, en este caso, es preciso ir á buscarlo ó sacarlo por completo de nosotros mismos, y no hay necesidad de una gran fuerza para no hacer ni lo uno ni lo otro. Lo difícil es sostenerse en el buen camino en medio de gente torcida que intenta extraviarnos; el que logra sostenerse, sin duda ha adquirido gran mérito á los ojos de Dios. Por tanto, más bien debe estimarse como una fortuna que como una desgracia, la ocasión que nos ofrece de hacernos merecedores, especialmente guardando puro y honrado el corazón de campesino bajo el capote del soldado. Y ahí lo veis; Carlos será lo uno y lo otro, porque es él sin duda un poco cerrado y fiero; pero para sus adentros tiene su religión, y el que tiene verdadera religión, tiene valor. Dejad decir á las gentes, que para ser soldado valeroso es necesario no creer en nada y reirse del que tiene fé en algo. Lo cierto es que para ir á buscar la muerte con el corazón sereno y firme, es preciso ver á alguien más allá que nos diga:—¡Te espero!—y con más valor arriesga su vida el que cree que despues viene otra, que el que piensa que perdida ésta lo pierde todo, haciendo el sacrificio sin la promesa del premio. Y creedme, de estas cosas no se rie tanto en la guerra como cuando se está en paz. Cuando el ejército piamontés...

—¡No ha oído usted una voz, señor cura?—interrumpió Camila.

El cura calló y se estuvo un minuto con el oído atento; luego continuó:—No es nada. Cuando el ejército piamontés se hallaba en Crimea, había cólera. Los soldados morían treinta, cuarenta y aun cincuenta al mes. Se decía que la guerra duraría años y más años; nadie esperaba volver á su patria; todos estaban resignados á morir sin volver á ver á sus familias, todos perdieron el buen ánimo y estaban tristes. Y sin embargo todos los domingos, al salir el sol, al sonar los tambores y las cornetas, aquel pequeño ejército se agrupaba en una desierta llanura, se disponía en tres líneas, dejando libre la cuarta donde estaba el altar y se decía misa: al lado del altar se colocaban los generales. De cuando en cuando las apretadas filas se abrían para dejar paso á los que llevaban algún atacado. La música tocaba aires nacionales que recordaba á todos aquellos pobres muchachos su país lejano y los hermosos años pasados en casa; el cielo estaba sereno, un sol espléndido hacía brillar todas las bayonetas; á lo lejos se oía el ruido de los cañonazos de los rusos; era un espectáculo que aun al mismo general La Mármora que á todos nos mandaba y que quería mostrarse como un hombre de hierro, muchas veces, los que se hallaban cerca, veían correr las lágrimas por sus mejillas...

...Pues bien, los que allí se hallaban, aseguran que nadie hubo en aquel momento que no sintiese

necesidad de levantar el corazón y la mente á Dios, escapándose de sus labios una oración. Generales, soldados, viejos, jóvenes, sanos, heridos, á todos animaba un solo sentimiento y pensamiento:—¡Buen Dios, protéjete nuestras familias lejanas, nuestra vida, nuestra bandera; danos fuerza y valor; concédenos la gracia de volver á ver nuestro querido Piamonte!—Concluida la función volvíamos todos á nuestros campamentos con ánimo más sereno y con el corazón más firme...

En este punto se oyó un rumor, los tres callaron, y se pusieron á escuchar: nada; reinaba el silencio más profundo. Apenas se oían mover las hojas de una parra enlazada en los hierros de la ventana.

De pronto aquel profundo silencio fué interrumpido por una voz desconocida que salía del cuarto de Carlos, gritando con toda claridad:

—¡Abajo!

Camila palideció; siguió otro momento de silencio.

Luego se dejó oír con toda sonoridad la voz de mal augurio.

—¡Abajo!

Y seguidamente un golpe fuerte como de un cuerpo pesado que cae de lo alto, luego un agudísimo grito de dolor seguido de un largo y sorrido lamento.

El cura, Camila, el muchacho, helados de espanto, se lanzaron á la era, y hácia el cuarto de Carlos.

Aún no habían llegado á la puerta, oyen de la otra parte de la casa un tiro de fusil.

Aún más sobrecogidos de espanto, casi fuera de sí, lanzando altos gritos se dirigieron á la puerta; estaba cerrada. Llaman, gritan, nadie responde; solo se veía la luz. Vuelven á llamar, nadie contesta. Piden á gritos socorro, y á tal punto llega un guardia, que exclama:—¡Está preso!—¡Quién?—preguntaron á una Camila y el cura.

—Se oyó un grito—dijo el guardia civil,—un grito como de un hombre asesinado, y luego se vió saltar otro por la ventana al campo, que echó á correr. Nosotros le seguimos gritando:—¡Detente!—El no contesta y continúa corriendo. Pensamos.—Ese es el asesino.—Le volvemos á gritar:—¡Detente!—No contestó.—Entonces mi compañero descargó el revólver, el desconocido cayó á tierra, corremos allá; era Marcos el vendedor de licores; la bala le partió el brazo.

¡Carlos! ¡Carlos!—comenzó á gritar desahogado Camila, golpeando con los puños y queriendo arrancar con las uñas la puerta.

En poco tiempo se reunieron los campesinos con picos y azadones y en pocos momentos echaron por tierra la puerta, precipitándose en la

habitacion. Hallaron á Carlos tendido en la cama; la mesa estaba manchada de sangre, en el suelo había un lago de sangre tambien, y todo él estaba salpicado de sangre. Camila sintió bajo sus piés un objeto, se inclinó para cojerlo, y despues de mirarlo... lanzó un grito desesperante de terror y de repugnancia cayendo desvanecida.

Había recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.

LA CASA PATERNA.

(DE LAS MEMORIAS DE WILELM VAN MINDEN.)

CAPILLA ALFONSDINA